

que han cumplido ese deber. El mejor patrimonio que los padres pueden dejar á sus hijos es la buena educación, y los que la desatienden incurren en la indignación divina: *Quien no mira por los suyos, mayormente si son de su familia, éste tal negado ha la fe, y es peor que un infiel*¹.

CAPÍTULO CUARTO.

VARIAS CLASES DE EDUCACIÓN.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — 2. La enseñanza oportuna, el consejo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad son indispensables en esta educación. — 3. Respeto que merece un niño bautizado, y deber de educarlo cristianamente. — 4. Educación secundaria ó pública. — 5. Educación última ó social. — 6. En esta educación han de atender los padres con esmero á las amistades de sus hijos, á sus lecturas y reuniones, y á su vocación. — 7. Peligros de la edad juvenil. Precauciones que han de emplear los padres en esa época difícil.

1. Educación primera ó propiamente doméstica. — Mons. Dupanloup, tan competente en el asunto en que me ocupo, distingue tres clases de educación: á saber, *la primera educación, ó sea la doméstica; la educación secundaria ó pública; y la educación última ó social*; las que corresponden á otras tantas fases ó periodos de la niñez y de la juventud. Voy á tratar de cada una de ellas separadamente.

Definase la educación doméstica ó familiar: *la esmerada y constante administración de todos los auxilios necesarios para el debido desarrollo de la vida física, intelectual y religioso-moral de los hijos*. Esta educación corresponde *per se*, por derecho propio fundado en la naturaleza, á los padres de familia, quienes no sólo han de sustentar á los hijos y satisfacer sus necesidades del momento, sino también excogitar los medios adecuados á fin de que lleven ellos, al

¹ «Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior» (1 Tim. v, 8).

llegar á la edad adulta, una vida digna de un ser racional¹. Los padres deben instruir á sus hijos en las primeras verdades y conocimientos, porque son sus preceptores *necesarios y providenciales*. «Ellos — los padres — tienen para dirigirlos una autoridad semejante á la del mismo Dios, la autoridad del autor, del criador sobre su obra; es decir, lo que hay de más elevado en la autoridad divina.... La educación, que es como una segunda creación, y, por lo mismo, una cosa muy bella, ha sido reservada por Dios al padre y á la madre, á quienes ha hecho los ministros visibles de su providencia².

La necesidad de la primera educación se funda tanto en la carencia de todo en que se halla el hombre al venir al mundo, como en los terribles males que la prevaricación primitiva ocasionó á la humanidad, males que se atenúan mucho mediante una buena educación. Ésta la recibe el niño en el hogar doméstico, y de los labios de sus padres, y en especial de la madre, aprende las primeras verdades, los preceptos fundamentales de moral, que se graban profundamente en su alma y forman la base de la educación. Es indudable que los preciosos dones depositados por Dios en el alma del niño se hallan inactivos y latentes, por carecer aún del uso de la razón; pero, por esto mismo, conviene espiar la primera aurora de la inteligencia, á fin de nutrirla desde el principio con enseñanza sólida, y depositar en el corazón la simiente divina de la virtud. Por eso dice el cardenal Pie³, «que la madre es el primer ministro de la religión para con el hombre; ... que el niño es como una flor bella y delicada, que no puede adherirse á un vástago inundo, y un ángel que debe ser manejado por otro ángel».

Noble es el ministerio de los padres de familia, llamados á secundar á Dios en la obra de la formación del hombre, por medio de la enseñanza, del ejemplo saludable, del ejercicio prudente de la autoridad, y, sobre todo, por las máximas de los Libros Santos, que contienen la ciencia de Dios. Los

¹ Cf. Meyer l. c. P. II, c. 2.

² Mons. Dupanloup, El matrimonio cristiano.

³ Œuvres sacerdotales.

padres, á semejanza del piadoso Tobías, deben, ante todo, enseñar á sus hijos á temer á Dios y á guardarse de todo pecado¹.

La formación del alma del niño exige más trabajo y cuidado que la del cuerpo. «Porque este pequenuelo», dice Mons. Baurard², «es un hijo de Adán, como nosotros. Tras esa fisonomía fresca, esa mirada ingenua, esas gracias sensibles, existe el pecado que hiere, la concupiscencia que fermenta, las pasiones que hoy hacen poco ruido y rugirán mañana; existen los deseos del corazón, las asperezas del carácter, las rebeldías de la voluntad. Es un hombre á quien es preciso rehacer. ¿Quién se encargará de esto? ¿Qué sería de un pobre niño, con sus defectos y deformidades morales, si no tuviera una madre, y una madre cristiana? Los peores libertinos han confesado esta verdad. Lord Byron atribuye las desgracias y extravíos de su vida á las violencias del carácter de su madre, y también un malvado elegante y refinado de nuestros tiempos, que acabó sus días en el cadalso, atribuye su desgracia á la misma causa.» En sentido opuesto, San Agustín llegó á ser una de las lumbreras de la Iglesia por la solicitud de su madre Santa Mónica, y San Alfonso de Ligorio asegura que, cuanto bien obtuvo en su niñez, lo debió exclusivamente á su piadosa madre.

«La maternidad», dice San Juan Crisóstomo³, «depende de la naturaleza, pero la educación de los hijos es también cosa natural; porque Dios no sólo ha concedido á las mujeres el dar á luz á sus hijos, sino también el educarlos. De ordinario, la mujer sin virtud forma mal á sus hijos; por lo que, así como la madre prudente y virtuosa es digna, en premio de su solicitud, de grande recompensa, también la descuidada merecerá un castigo especial. No posee virtud mediocre quien educa bien á sus hijos y los atrae al servicio de Dios.... El

¹ «... quem ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato» (Tob. 1, 10).

² Le collègue chrétien.

³ Hom. 9 in Epist. 1 ad Tim.

sumo sacerdote Helí tuvo una muerte trágica, por no haber reprimido los desórdenes de sus hijos. Reprobó las faltas de éstos; pero como lo hizo con debilidad, causó la ruina de ellos y la suya. Lección terrible para los padres y madres, que les prueba la importancia de educar á sus hijos en el temor de Dios. La juventud es arrebatada; por lo cual urge emplear muchas precauciones y vigilancia, á fin de precaverla de su fogosidad natural. Padres de familia, tened fuertemente la brida en las manos, para que no se os escape este corcel impetuoso é indómito: no obtendréis un buen resultado, sino después de haberlo sujetado; mas entonces el hábito del bien tendrá para él fuerza de ley.»

«Para educar á los hijos, de modo que éstos lleguen á ser ciudadanos justos, virtuosos y útiles, es preciso que la madre esté profundamente convencida de la santidad del alma humana, y de la perfección á que debe elevarse y tender siempre», dice un autor moderno. «Austero y sublime es el ministerio de la madre; y ni la ternura natural, ni el conocimiento teórico de la virtud son bastantes para desempeñarlo dignamente: es necesario que la madre tenga, además, un religioso fervor y una confianza ilimitada en Dios, que lo puede todo. Sin esto, el amor cegaría el juicio; la vigilancia languidecería, por flojedad ó disgusto, y el desaliento ó la duda debilitarían las fuerzas de la madre, en la época en que más necesita de firmeza y energía.

«¿Y qué madre, al reflexionar en la importancia de su ministerio, no experimenta un sentimiento de temor y aun de espanto, al verse débil é imperfecta, y encargada de misión tan seria como difícil? ¿Qué mujer, al velar junto á la cuna de su hijo, no siente un intenso dolor cuando, al descorrer el velo del porvenir, entrevé los males que amenazan y han de herir esa inocente cabeza?... Fuera de Dios ¿quién puede entonces consolar á la madre y alejar de su corazón tantas angustias y alarmas? ¿Quién puede sostener y alentar esta alma dolorida? En efecto, ella se acuerda del apoyo de la Providencia, y experimenta un nuevo vigor para cumplir sus deberes; ella confía á Dios su naciente familia, y nota que renace en su corazón la esperanza y se desva-

nece el temor: entonces el porvenir no se le presenta nebuloso, triste y sombrío, sino sereno, espléndido, risueño.»¹

Oigamos á una madre cristiana: «Los corazones de nuestros hijos son nuestras plantas, sus pasiones son sus ramas, y nosotras las jardineras llamadas á cultivarlas y á darlas dirección, siendo indudable que toman ellos buena ó mala, según la madre se las dé. Si, desde el momento en que Dios le concede un hijo, se propone la madre hacer de él un hombre lo más perfecto posible, y no ceja en este santo propósito, y redobla sus desvelos conforme aumentan los años de su hijo, es moralmente imposible que éste no sea bueno.

«El formar el corazón de los hijos pertenece principalmente á la madre; y, por eso, sin duda á este sacramento se llama *matrimonio*. Ella, en efecto, está encargada de alimentar con sus virtudes el alma de sus hijos, mientras que el padre con su trabajo les proporciona ante todo el sustento para el cuerpo.»²

«La madre», dice Severo Catalina³, «es para el hijo una segunda providencia. En los años de la niñez, ella es la primera maestra, la que le enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes. Por ella aprende el niño á coordinar las palabras de sus primeras oraciones y de los primeros himnos que eleva á la Reina de los Angeles.»

«Las leyes sociales que nos excluyen de las grandes escenas de la vida pública, nos dan la soberanía de la vida doméstica y privada», dice una señora americana⁴. «La familia es nuestro imperio; nosotras cuidamos de satisfacer sus necesidades, de dirigir sus ocupaciones, de mantenerla en paz, de educar á los hijos y de conservar en el hogar el sagrado depósito de las buenas costumbres.»

La primera educación es de importancia decisiva para el hombre, cuyo porvenir está íntimamente ligado con ella. La experiencia comprueba que, ni aun en medio de las borrascas de la vida, olvida el hombre por completo los prudentes consejos y primeras instrucciones que recibió de los labios

¹ Mauricio Marocco, *La femme ennoble par l'Évangile*.

² *Dolores del Pozo*, *La voz de una madre*.

³ *La Mujer*.

⁴ *Cartas sobre la educación del bello sexo*.

queridos y autorizados de sus padres, instrucciones cuyo grado recuerdo le estimulan eficazmente á volver al buen camino. ¿Quién puede hablar al niño con más ternura que la madre? ¿Quién con más autoridad y derecho que el padre? No será ésta una enseñanza propiamente científica, pero es de una esfera y orden muy superiores: *es la ciencia de cuanto constituye una vida arreglada, honesta y virtuosa*. «Esas innumerables preguntas», dice Mons. Dupanloup¹, «que el niño dirige á sus padres, y las respuestas que provocan, son el gran aprendizaje de la vida, la ciencia misma de las cosas. Esta educación de los primeros años, es la enseñanza de la humanidad en sus más altas prerrogativas; es la enseñanza del pensamiento y del lenguaje. Desde entonces el hombre se forma y el porvenir se prepara.»

En el regazo materno adquiere el niño los primeros principios del deber y de la justicia, las primeras nociones de moral y de virtud. Allí oye hablar de Dios; de la obligación de amarle y de servirle; en una palabra, de la religión, que es el sagrado vínculo que une al hombre con su Autor. En el trato con sus padres aprende también á amar á su patria, á respetar á sus mayores, á compadecer á los que sufren, á socorrer á los indigentes. ¡Hermosas lecciones las que se dan en el recinto del hogar doméstico, que van grabándose profundamente en el corazón del niño; que van preparándole y fortaleciéndole insensiblemente para los peligros del mundo y las luchas de la vida! Con razón dice Mons. Dupanloup²: «la familia es el santuario de Dios sobre la tierra, y los sentimientos que ella inspira á un padre y á una madre en favor de sus hijos, y á éstos con respecto á aquéllos, son tan religiosos, que vienen directamente de Dios.»

«La naturaleza engendra», dice San Juan Crisóstomo³, «pero el cuidado de la educación depende de la voluntad que se consagra á esta obra. Cuando el Apóstol dice que *las mujeres se salvarán por los hijos que han dado á luz*, cuida de afirmar que la educación, mucho mejor que el nacimiento, es

¹ El matrimonio cristiano.

² *Ibid.*

³ Primer discurso sobre Ana, madre de Samuel.

para una madre el título de su recompensa, pues añade: *si ellas perseveran en la fe, en la caridad, en la santidad, en una vida arreglada*. En otros términos: grande será la recompensa de las madres, si procuran que perseveren en la fe, en la caridad y santidad los hijos que han dado á luz; si los exhortan á la virtud, si los atraen al bien con los consejos y los ejemplos. ¡Oh madres! no miréis como un deber extraño á vosotras la solicitud por vuestros hijos, sea cual fuere su sexo... Debéis velar por la educación de ellos, deber especialmente impuesto á vosotras, porque residís de ordinario en la casa. El marido, en efecto, es interrumpido en esta vigilancia por los viajes, las ocupaciones de su profesión, ó los asuntos públicos: en cuanto á la mujer, libre de estos cuidados y dificultades, puede con mayor libertad dedicarse al cuidado de los niños... ¡Oh padres, oh madres! que vuestro modelo sea la piadosa Ana, madre de Samuel: tened por vuestros hijos una solicitud igual á la suya; acostumbra los á la práctica de la virtud, pero de la castidad sobre todo; pues no hay virtud que exija mayor esfuerzo de vuestra parte, á fin de que la obtengan vuestros hijos.»

Expondré la doctrina de Santo Tomás acerca de la educación doméstica.

«Es natural el afecto de los padres á sus hijos», dice el santo Doctor I, «afecto que les obliga á cuidarlos é instruirlos... *Quien instruye á su hijo será honrado en él y se gloriará de él con la gente de su familia* (Eccli. xxx, 2). Ama desordenadamente á su hijo el padre que no estima en él lo que vale más, á saber, el alma, que vale mucho más que el cuerpo; y que no le procura los bienes más preciosos, esto es, la ciencia y las virtudes. Los padres deben desear más para sus hijos la herencia celestial que la terrena; y así como los padres reciben á sus hijos de Dios, deben conservarlos é instruirlos para el servicio divino. San Agustín dice que el bien de la prole consiste en que los que han sido engendrados hijos del siglo, sean engendrados hijos de la luz.

¹ Inter Opera S. Thomæ Aquinatis, ed. Vives, opusc. 37. De erudit. principum, lib. 5.—Este opúsculo, atribuido en nuestro texto á Santo Tomás, es de Guillermo Perado, muerto cerca de 1275.

«Como, según la frase de Salomón, todo negocio tiene su tiempo y oportunidad en que se lo hace mejor, se ha de elegir la niñez como la mejor edad para instruirse y adquirir buenas costumbres, según aquello de la Escritura: *Desde la mocedad abraza la buena doctrina, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida...* (Eccli. vi, 18). Quintiliano dice que el hombre se ha de formar principalmente en aquella edad en que no sabe engañar y obedece con más facilidad... Así como la blanda cera recibe sin dificultad la forma que se le quiera dar, también la primera edad es más apta para formarse en las buenas costumbres. El arbusto es más flexible que el árbol, y puede ser fácilmente enderezado. Aun los brutos son enseñados, domados y domesticados cuando son tiernos: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad* (Thren. iii, 27).»

Según esto, faltan gravemente á sus deberes los padres que desatienden la primera educación de sus hijos; que los entregan á manos mercenarias; que no procuran su desarrollo físico é intelectual; que no reprimen con energía las faltas que cometen; que no se esmeran sobre todo en su formación moral y religiosa, inculcándoles desde la más tierna edad, amor á la virtud y horror al vicio.

El célebre publicista Le Play, al tratar de la misión importante de la familia en la educación del niño, dice¹: «En todas las razas y en el curso de cada existencia individual, la familia es el primer medio de educación. En efecto, no sólo produce los renuevos que perpetúan la raza, sino que les transmite poco á poco desde su nacimiento la práctica de la ley moral, sin la que no podrían gozar después de la paz ni del pan cotidiano.»

«La misión moral de la familia», dice otro autor notable, «determina uno de sus principales fines sociales, y, por lo tanto, una de las razones de su importancia, desde este punto de vista, cual es la de formar ciudadanos virtuosos... Pero la familia en tanto llenará la elevada misión moral y social que tiene, en cuanto se encuentre cimentada en el elemento

¹ La réforme sociale en France (cita de Rodríguez de Cepeda).

religioso, y este mismo espíritu sea el que le guíe en todos sus actos.»¹

«La ciencia positiva, la ciencia basada en los hechos y la experiencia, la observación social en las sociedades presentes y la historia en las pasadas, nos dan como enseñanza inconcusa, como una regla elevada á la categoría de ley social, que las familias sanas, vigorosas, robustas, que dan ciudadanos útiles á la patria y que son un elemento de prosperidad y de elevación de un país, son las familias religiosas.

«Porque sólo á la religión verdadera, sólo al catolicismo se deben la altura y la dignidad á que ha sido elevada la familia. Un distinguido escritor inglés, Devas, en una obra reciente, ha demostrado que la familia ha alcanzado su ideal sólo por el cristianismo.... El ideal de la vida de familia, el que responde á la verdadera naturaleza humana y cuya noción conservó la recta razón, á pesar de los impulsos hacia el mal, debidos al pecado original, ha sido fijado plenamente por el Evangelio y por las enseñanzas de la Iglesia.»²

2. **La enseñanza oportuna, el consejo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad son indispensables en la educación doméstica.** — Cuando la madre del linaje humano dió á luz su primer hijo, exclamó: *He adquirido un hombre por merced de Dios*³. En estas palabras, como lo nota Monsabré, están contenidos los títulos y los deberes de los padres de familia sobre sus hijos en lo tocante á la educación doméstica. Haremos una breve enumeración de ellos, resumiendo á la vez lo antes dicho acerca de esta materia⁴.

¡*He adquirido un hombre!* He aquí el grito de la naturaleza en todos los que engendran. Ellos saben que han comunicado su sangre, su vida, su amor al pequeñuelo, cuya venida saludan con júbilo y al cual llaman *su hijo*, porque les pertenece y manifiesta en su ser la *marca* de sus pro-

¹ La constitution essentielle de l'humanité (cita de Rodríguez de Cepeda).

² Rodríguez de Cepeda, Elementos de Derecho Natural.

³ Gen. IV, 1.

⁴ La doctrina de este resumen ha sido entresacada casi literalmente de la Conferencia sobre la educación cristiana del Padre Monsabré.

genitores. Á medida que en él se fortalece la vida, la imagen es más semejante á sus autores y la posesión de éstas se afirma por un amor más intenso.

¡*He adquirido un hombre!* Este grito, para el cristiano, es tanto el grito de la gracia como el de la naturaleza. El cristiano ve en el niño el fruto de una paternidad que toma su nombre y saca su fuerza de la paternidad misma de Dios, y también el fruto de una bendición que, unida á la sangre de Cristo, santifica la fuente de la vida. El cristiano posee por Dios; y como todo lo que es de Dios debe volver á Él, quiere que cuanto posee lleve su marca, como también la marca de Dios. Y como el niño al nacer trae la herida del pecado original, se empeña en que Dios tome pronto posesión de esa alma por el bautismo, *Nilo divino*, que le inunda en sus aguas saludables, le tñe en la sangre de Cristo, le llena de dones celestiales é impregna del aroma de las virtudes cristianas.

Los padres que solamente escuchan la voz de la naturaleza, limitan sus anhelos y cuidados á alimentar la vida física del niño y preservarla de todo accidente fatal; á desarrollar su vida intelectual, mediante el cultivo de las ciencias; á asegurarle el porvenir temporal; á hacer, en fin, de él un ciudadano útil para después. El cristiano no se contenta con tan poca cosa. Él desea ver en el alma de su hijo la fe, las virtudes y esperanzas que él posee, como también las huellas de la gracia divina; quiere que su hijo sea lo que es él, á saber, hijo de Dios y ciudadano de la eternidad. Sólo con estas condiciones dice sin vacilar: *Poseo un hombre por la gracia de Dios*. Ahora bien, por medio de la educación cristiana asegura esta posesión.

Como ya se dijo, la educación doméstica comprende la enseñanza, el ejemplo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad paterna, que son otros tantos medios de acción de la educación cristiana.

Los padres deben enseñar á sus hijos, porque son los «preceptores naturales y providenciales de ellos». *Instruye á tu hijo*, dice el Sabio¹. Á medida que la inteligencia del niño

¹ «Erudi filium tuum» (Prov. XIX, 18).

vaya desenvolviéndose, deben enseñarle verdades útiles del orden natural y del sobrenatural; y estudiar en su alma las primeras manifestaciones del bien, para afirmarlo en ellas con amables sonrisas y discretos elogios. En esta tierra virgen, en que fácilmente pueden germinar las virtudes, la enseñanza de los padres es como rayo luminoso y rocío fecundante.

Los padres deben dar buen ejemplo á sus hijos, teniendo en cuenta que es casi inútil la enseñanza si no va acompañada del ejemplo; porque «pasa el ruido de las palabras, mientras que los ejemplos inducen á la imitación». Con lo que vi reflexión dentro de mi corazón, y con el ejemplo aprendí á gobernarme¹. Sobre todo, el influjo que los padres tienen en sus hijos y el tierno afecto que éstos les profesan, hacen que sus ejemplos se graben profundamente en los niños, ejemplos con eficacia para la imitación. Tristes hogares aquellos en que los padres constituyen un peligro para los hijos, de que conviene preservarlos; donde se olvida que estos pequeños, que se escabullen por todas partes, son atentos y perspicaces para fijarse más en lo malo que en lo bueno, más fáciles para dejarse guiar por las inclinaciones perversas que por las honestas. Por esto, los padres deben tener vida arreglada, reprimir sus pasiones y malos hábitos; de modo que en el hogar no haya cosa que pueda deseducar al niño.

La inocencia es un tesoro inapreciable que hace del niño un ángel y un templo vivo en que mora la majestad divina. ¡Con cuánto miramiento y respeto ha de ser tratado un niño! La sabiduría pagana, por los labios de Juvenal, dijo: «La naturaleza ha querido que los ejemplos domésticos nos corrompan más fácil y seguramente, porque vienen de grandes autoridades.... Á los niños se debe un profundo respeto. ¡Oh padre! cuando intentas alguna cosa vergonzosa, piensa en los tiernos años de tu hijo; y cuando vas á pecar, detente por respeto á su presencia.... ¡Desgraciado! tú tienes vergüenza de que un amigo tuyo vea sucio tu atrio y tu pórtico,

¹ «Quod cum vidissem, posui in corde meo, et exemplo didici disciplinam» (Prov. XXIV, 3:2).

y no piensas en que tu hijo vea siempre tu casa santa, sin mancha y libre de todo vicio.»¹

La Sabiduría divina, Jesucristo, tuvo una predilección especial hacia los niños, por el candor de su alma. *Dejad, decía á sus discípulos, que vengan á mí los niños; porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios*². *Mirad, que no despreciéis á uno de estos pequeños; porque os hago saber que sus ángeles de guarda en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial*³. *Quien escandalizare á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en las profundidades del mar*⁴. Estas enseñanzas divinas manifiestan el sumo cuidado y respetuoso temor con que los padres han de custodiar el precioso don de la inocencia que adorna á los niños, quienes, para conservarlo, tienen que ser preservados del hábito ponzoñoso del vicio.

Pero no basta instruir y edificar al niño; es preciso además sujetarlo desde los primeros años al yugo de una saludable autoridad. *Si tienes hijos, dice el Sabio, adóctrínalos y dómalos desde su niñez*⁵. Si en vez de corregir sus defectos nacientes, se les da pábulo con precauciones ineptas ó complacencias inmorales; si en vez de moderar sus apetitos, se les da gusto en todo hasta la saciedad; si en vez de humillar su amor propio, se procura satisfacerlo por una especie de idolatría; si en vez de reprimir su cólera, se ve en ella un indicio de carácter; si en vez, en fin, de castigar los vicios, se les concede tantos perdones, que pueden ellos contar con la impunidad, el adolescente toma ese camino maldito del que no se apartará ni en la vejez.

El espíritu de mollicie ha invadido, por desgracia, las familias y roto en manos del padre y de la madre el cetro de la justicia; pero el cristiano no le da cabida en su alma. El comprende, á la luz de la gracia, que toda educación es imposible sin la autoridad de la disciplina y la energía de

¹ Sat. XIV, 31—69.

² Marc. X, 14.

³ Math. XVIII, 10.

⁴ Math. XVIII, 6.

⁵ «Erudi filios tuos, et curva illos a pueritia» (Eccl. VII, 25).

la corrección; él no permite á sus hijos esas familiaridades que rebajan la dignidad paterna; él exige de ellos el respeto y el amor. Castiga con prudencia, cuando es necesario, sin dejarse llevar de esas brutalidades que comprimen las almas de los niños y producen el envilecimiento ó la hipocresía: corrige, pero de modo que el castigo levante al niño á sus propios ojos, le habitúe á las luchas de la vida, le prepare la victoria contra las pasiones y le haga comprender que toda falta cometida exige expiación, porque con ella ataca á Dios, á la conciencia y al amor paterno.

¡Cuán pocos padres comprenden los deberes de la paternidad! ¡Cuán pocos, sobre todo, cuidan de formar á sus hijos en el temor de Dios! Para los más, la educación es cosa secundaria, baladí. Les basta que los niños sean sanos, expertos, corteses; que amen á sus progenitores y se gloríen en sus tradiciones de familia. Y si á las prendas exteriores logran juntar bienes de fortuna (en cuyo acopio se empeñan mucho los padres), juzgan haber asegurado el porvenir de su descendencia.

La verdadera educación aspira á mucho más. Persuadida de que el mérito del hombre se funda en las dotes del espíritu y no en las riquezas, se empeña en cultivarlo y embellecerlo, á fin de que produzca frutos propios del ser racional. Convencida de que la vida presente debe ser una preparación para la eterna, trabaja por acrecentar en el hombre el tesoro de méritos con que ha de ganar la bienaventuranza inmortal.

Al padre y á la madre corresponde formar al niño, y la segunda, en especial, está encargada de su primera educación. «De diez madres», afirma Nicolay ¹, «ocho saben educar á su hijo; pero una sola puede, por efecto de muchas circunstancias, terminar la obra. De diez padres, ocho ignoran su oficio de padre, y de los dos restantes, uno solo acepta la pesada carga de la educación, de acuerdo con la madre.»

Semejante afirmación, de persona tan competente en el asunto, nace sin duda de que la madre conoce la alteza de su misión; por lo que se somete, durante largos años, á

¹ Nicolay, Los niños mal educados, — obra de que extracto y resumo la doctrina consignada en el texto.

cuidados numerosos, á preocupaciones mortales, á fatigas sin cuento.... Privarse de todo por su pequeñuelo, sufrir por él, es un gozo inefable, una necesidad de su corazón. Mientras más se sacrifica, se siente más madre....»

Pero la ternura del amor sobrepasa á veces los justos límites y es causa de que la madre no corrija los defectos de sus hijos, ni los contrarie en lo más mínimo; de modo que, cuando han llegado á su pleno desarrollo, son como árboles torcidos que no puede ni se atreve á enderezar. Por esto son pocas las madres que cumplen hasta el fin la obligación de educar á sus hijos.

En cuanto á los padres, también muchos descuidan este grave deber. Absorbidos en las cosas de fuera y en buscar medios de subsistencia para la familia, descargan en la madre y en los maestros dicha obligación, siendo así que por ley natural y divina están encargados ellos de formar á sus hijos, con preferencia á todo otro asunto doméstico.

«Si el padre no los educa, que al menos sancione con su autoridad las decisiones maternas», dice Nicolay. «Por lo demás, la madre observa más de cerca los caracteres, las tendencias y defectos de su tierna familia; mientras que el padre, que toma las riendas del gobierno de una manera intermitente é irreflexiva, está á riesgo de contrariar, sin quererlo, los proyectos maternos.

«El ideal, en materia de educación doméstica, sería que el padre participase algo de la dulzura de la madre, conservando siempre su carácter de representante natural de la autoridad; y que, á su vez, la madre tuviese el valor de mandar *virilmente* en ausencia del esposo.»

Según la observación del mismo escritor, *los niños son mal educados por falta y casi siempre por un hecho de los padres.*

«Se les educa mal por su falta: cuando no se ocupan en la formación del niño, pareciéndoles un asunto muy enojoso; cuando lo exponen al atractivo de los placeres mundanos, ó á la fiebre de los negocios; cuando lo disipan con goces ó someten á tentaciones peligrosas; cuando lo introducen en reuniones poco serias; cuando por timidez ó ambición le permiten compañías poco correctas é intimidades perjudiciales.

«Se educan mal los niños por un hecho de los padres; cuando, á pesar de las buenas intenciones y de la voluntad general de ellos, de consagrarse á la educación de sus hijos, la dirigen mal y hacen lo contrario de lo que les conviene; cuando no cuidan de formar su corazón; cuando confían á mercenarios su educación; cuando les dan órdenes contradictorias y toleran influencias nocivas; cuando olvidan que la educación consiste en una serie de minuciosidades aparentes, de pequeñeces diarias y detalles múltiples, que tomados en conjunto forman el tejido de la vida y contribuyen á formar el espíritu y el carácter; cuando no se penetran, en fin, de que la educación es obra de todos los instantes.»

Al terminar este punto, ofrecemos á la consideración de los padres de familia las siguientes reflexiones y consejos que les dirige San Juan Crisóstomo: «Educad á vuestros hijos en el temor y en la ciencia del Señor; no os limitéis á fortalecerlos exteriormente con la fortuna y la gloria, plantas frágiles que al marchitarse no sirven de defensa alguna contra los males y desgracias de la vida, fortuna, gloria, que les causarán daño y no provecho; porque, confiados en esos vanos apoyos, los golpes de la suerte los encontrarán incapaces de toda resistencia. Pero si educáis á vuestros hijos en el temor de Dios, si los acostumbráis á soportar todo y á no sorprenderse de nada, obtendréis de esta educación las mayores ventajas. Si el pintor de un monarca recibe los más grandes honores por el retrato que de él hace, ¿qué recompensa no recibirán de Dios los que embellecen el corazón del hombre, retrato é imagen del mismo Dios? Desarrolla en el alma la imagen del Creador el que la vuelve como Él, bueno, paciente, misericordioso, benéfico, superior á todo lo terreno. He ahí, padres de familia, vuestra ocupación; desempeñadla con esmero, procurando formar á vuestros hijos como Dios quería verlos. Si sois infieles á este deber, no sé cómo podáis presentaros tranquilos ante el tribunal de Dios.»¹

3. Respeto que merece un niño bautizado, y deber de educarlo cristianamente.—La sabia antigüedad,

¹ Homilía 21 in Epist. ad Eph.

por boca de Quintiliano, dijo que todo niño es merecedor de respeto, *magna debetur pueris reverentia*; respeto que sube de punto al tratarse de un niño bautizado, que es *membro del cuerpo de Cristo*¹, *templo del Espíritu Santo*², y llamado á crecer hasta que sea *varón perfecto*³.

El paganismo consideraba al niño, no como á persona, sino como á cosa, de la propiedad del padre ó del Estado, quienes podían, á su antojo, venderlo y aun quitarle la vida; pero el Evangelio enseñó que el hombre tiene alma inmortal, desde su concepción; que desde entonces goza de todos los derechos inherentes á la personalidad humana y está llamado á un destino sobrenatural. El niño cristiano, dice San Agustín, ha recibido de Dios el ser racional, que ha sido ennoblecido por Cristo, cosa que se debe tener en cuenta cuando se trata de formarlo.

El fin inmediato de la educación, dice Godts, es formar de tal modo al hombre, que pueda conseguir la honra y la dignidad propias de su naturaleza. Pero lo que eleva al hombre y le hace feliz es el temor de Dios y la observancia de sus preceptos. *Teme á Dios, y guarda sus mandamientos: he aquí el hombre entero*⁴. Por tanto, sin el conocimiento y temor de Dios, sin la observancia de sus mandamientos, contenidos, ya en la revelación primera y universal, ya principalmente en la revelación cristiana, no puede haber verdadero hombre ni verdadera educación, sino solamente un simulacro ó fantasma de hombre. Por lo que dice el Sabio: *Vanos son todos los hombres que carecen de la ciencia de Dios*⁵; esto es, sombras de hombres y concepciones abstractas de la mente.

La filosofía profana está de acuerdo con la sabiduría divina en lo referente á la educación religiosa que han de recibir los niños. Platón dice: «Se ha de imbuir en el corazón del niño el temor de Dios, que es el mejor de todos los temores» (*Menón*). Cicerón añade: «Quitado el respeto á los dioses,

¹ Eph. V, 30.

² 1 Cor. VI, 19.

³ Eph. IV, 13.

⁴ «Deum time, et mandata eius observa: hoc est enim omnis homo» (Ecccl. XII, 13).

⁵ «Vani autem sunt omnes homines, in quibus non subest scientia Dei» (Sap. XIII, 1).

desaparecen la fe, la justicia y la sociedad del género humano» (*De nat. deor.* lib. 2). No pocos filósofos modernos, no obstante su odiosidad á la Iglesia católica, admiten la misma verdad. Cousin dice: «No puede haber verdadera instrucción moral sin religión. El cristianismo debe ser la base de la instrucción: es preciso profesar esta máxima, tan buena como política. El alma no se forma y regula sino bajo el influjo de Dios que la ha creado y la juzgará.» Jouffroy exclama: «¿Cómo vivir en paz cuando se ignora de dónde uno procede, adónde va, y qué debe hacer aquí abajo; cuando no se sabe lo que es el hombre y la creación; cuando todo es enigma, misterio, y motivo de dudas y alarmas? Vivir en paz con esta ignorancia es cosa imposible y contradictoria.»

No sólo por su origen, sino también por su destino final, ha de ser educado cristianamente el niño.

El hombre ha sido creado, dice San Agustín, para conocer á Dios, conociendo amarlo, amando poseerlo, poseyendo gozarlo. . . . Por tanto, luego que el niño llegue á los años de la discreción, debe pensar en Dios é inquirir su ley para cumplirla y conseguir su fin; por lo cual conviene instruirlo en la religión cristiana y en su vocación positiva.

Los padres de familia, en cuanto á la educación religiosa, son mandatarios de la Iglesia, pero designados por la naturaleza; de modo que han de intervenir en esta educación en nombre y de orden de la Iglesia, á cuya autoridad están sujetos por completo, en esta materia. Ellos deben enseñar personalmente la religión á sus hijos; porque á los padres ha concedido Dios esta potestad con dependencia de la Iglesia, á la que únicamente, por derecho divino, fué confiada la enseñanza religiosa, derecho que ella delega á los padres como á sus vicegerentes. La obligación que en esta materia pesa sobre ellos, es muy grave, y por lo mismo incurren en enorme responsabilidad contra Dios, la sociedad y la naturaleza, cuando son negligentes en la formación piadosa de sus hijos¹.

¹ Cf. *Goëtz*, Sanctiſſetur educatio. — *Cathrein*, Philos. moralis thes. 88.

4. Educación secundaria ó pública. — La primera educación termina luego que el niño ha adquirido el pleno uso de la razón y su organismo puede soportar el trabajo. Principia entonces la educación secundaria ó pública, cuya dirección corresponde también á los padres, quienes, como carecen generalmente de tiempo, y á veces de conocimientos, para ocuparse en ella, se valen de maestros que hagan sus veces.

Por ser esta educación de muchísima importancia, trato de ella en el capítulo siguiente, al cual remito al lector.

5. Educación última ó social. — Concluida la educación secundaria, viene la última ó social, que es también de positiva transcendencia, pues comprende aquel periodo de la vida del joven en que, terminada su formación científica y literaria en la escuela y colegio, debe resolver acerca de su posición en el mundo, y adoptar un estado permanente de vida, para entrar de lleno en el comercio social.

Como los derechos de los padres son sagrados y se fundan en la ley natural y divina, los hijos deben, en todo tiempo, respetarlos y obedecerlos, consultarles en los asuntos graves y en la elección de estado de vida. A su vez, los padres han de emplear para con sus hijos, en esta última educación, exquisito cuidado y la previsión más atenta; han de estudiar sus inclinaciones y carácter, darles buen ejemplo, encomendarles mucho á Dios y procurar, sin timidez, pero al mismo tiempo con prudencia, terminar la formación de ellos.

«La influencia de las preocupaciones mundanas y no sé qué miedo pusilánime, hace que la mayor parte de los padres teman entregarse á esta obra que les ha sido confiada, forjándose voluntarias ilusiones sobre el cumplimiento de este deber sagrado, esforzándose en persuadirse á sí mismos que la educación termina con el colegio; que á los dieciocho años un joven está ya formado, ó no lo estará jamás; que no es posible ya mandarle ni sujetarle; que con esto se le haría antes mal que bien, etc., etc. ¿Quién no ha oído proclamar tales ideas? ¿Quién no ha visto cómo bajo tan especiosos pretextos abdican definitivamente muchos padres toda su autoridad?

«Ciertamente, esta autoridad no ha de dejarse sentir de una manera ruda; porque la última educación exige, á la vez que atención y solicitud continuas, los miramientos más delicados. Á los cuidados más asiduos deben agregarse una habilidad, una energía y dulzura extremadas; pero, por lo mismo que esta educación es la más difícil de todas, es preciso que los padres se dediquen á ella; pues si ellos no lo hacen ¿quién les suplirá?»¹

6. En la educación última han de atender los padres especialmente á las amistades de sus hijos, á sus lecturas y reuniones, y á su vocación.—De cuatro cosas han de cuidar los padres con esmero, especialmente en la última educación de sus hijos, á saber: de sus amistades, de sus lecturas, de las reuniones y espectáculos á que concurren, y de su vocación.

Desde la juventud comprende el hombre las ventajas de la vida social, le interesan los asuntos públicos, las ideas principian á bullir en su mente, y su corazón busca personas á quienes confiar sus impresiones y confidencias. En una palabra, encuentra el joven limitado el horizonte del hogar: necesita de amigos y de relaciones para compartir sus ideas y afectos, y de este modo ensanchar sus conocimientos y ponerse en contacto con el mundo.

La amistad, cuando es verdadera, desinteresada, y sobre todo cristiana, es un grande alivio en los pesares de la vida, y un estímulo poderoso para conocer la verdad y practicar el bien. *El amigo fiel es una defensa poderosa: quien le halla, ha hallado un tesoro.... Bálsamo de vida y de inmortalidad es un buen amigo; y aquellos que temen al Señor, lo encontrarán*². Por el contrario, un mal amigo causa daños incalculables al hombre, en especial durante la edad juvenil, en que los ejemplos perniciosos ejercen mayor influjo en el alma. *El amigo de los necios se asemejará á ellos*³. *El*

¹ Dupanloup, El matrimonio cristiano.

² «Amicus fidelis protectio fortis: qui autem invenit illum, invenit thesaurum... Amicus fidelis, medicamentum vite...; et qui metuunt Dominum invenient illum» (Eccli. vi, 14—16).

³ «Amicus stultorum similis efficietur» (Prov. xiii, 20).

*hombre inicuo halaga á su amigo y le guía por malos caminos*¹.

Según estas máximas de la eterna Verdad, deben los padres procurar á sus hijos buenos amigos y apartarlos de los que les sean perjudiciales. «Este punto es capital», dice Mons. Dupanloup. «Es evidente que á un joven le convienen amigos de su edad; pero ¡cuán delicada es esta elección, y cuán difícil gobernar bien al joven en sus amistades! He aquí lo que aconseja Fenelón á los padres: 'Hay que emplear muchas precauciones en la elección de los amigos y limitarse á tenerlos en muy corto número. Evitense, ante todo, los amigos que no temen á Dios y sacuden el yugo de la religión; de otro modo, éstos perderán á nuestros hijos, por mucha que sea la bondad de su corazón. Buscad, en lo posible, para ellos amigos más ó menos de su misma edad, y cuidad de que con los amigos íntimos tengan el corazón abierto, sin reservas ni secretos, excepto en los asuntos de otro y en las cosas que vosotros juzguéis conveniente que tengan reserva. La amistad ha de ser efusiva, desinteresada, fiel, constante, pero no ciega, hasta el punto de no ver los defectos de los amigos y los diversos grados de su mérito; ha de ser generosa, de modo que se les atienda en sus necesidades y no se les vuelva las espaldas en los días de desgracia.'²

El joven que cultiva sus facultades y aspira á ocupar puesto honroso en la sociedad, no se contenta sólo con tener amigos, sino que también se empeña en instruirse con la lectura de las obras que ha producido y produce el ingenio humano. Y si, en la elección de los amigos que han de tener los hijos, deben fijarse mucho los padres, ¡cuánto mayor cuidado deben emplear en la de los libros, que son amigos excelentes ó perversos del joven, según sus enseñanzas sean buenas ó malas! Por lo mismo que su inteligencia y voluntad están en época de formación, las lecturas hechas en la primera edad se graban profundamente en el alma é influyen muchísimo en su formación moral.

¹ «Vir iniquus lactat amicum suum, et ducit eum per viam non bonam» (Prov. xvi, 29).

² Dupanloup, De la educación.

En los tiempos desgraciados en que vivimos, la juventud corre gran peligro de perderse por los abusos de la prensa, de la novela, del teatro, que, con mucha frecuencia, procuran difundir el error, pervertir el corazón y corromper las costumbres, mediante el rechazo ó olvido de la ley divina y el estímulo que reciben las más vergonzosas pasiones, cuyo desenfreno se permite y aun aplaude en nuestros días.

¡Cuánta vigilancia necesitan los padres á fin de preservar á sus hijos del veneno de las malas lecturas, de los espectáculos que incitan al vicio, de las reuniones en que naufragan la inocencia y la moral! En otro lugar de esta obra indicaré algunas reglas para la elección de los libros cuya lectura puede aprovechar al joven. Por ahora, baste recordar á los padres estas preciosas advertencias que les hace Mons. Dupanloup¹: «No olviden en el hogar doméstico de velar con severa atención sobre todas las palabras que se pronuncian: los niños están siempre atentos y comprenden más de lo que se cree; y una sola palabra puede causarles una herida mortal. Separen cuidadosamente todo objeto peligroso: los malos libros, las malas revistas, los malos periódicos, y todo cuanto pueda serles nocivo.... Desde la más tierna edad, velen sobre sus hijos, sin desatender los menores detalles y precauciones, á fin de evitar lo malo. Manera de vestir, cuidado para alejar del niño cuanto no es conforme á la más rigurosa modestia, vigilancia para inspirarle hábitos de pudor y de respeto. Al mismo tiempo procuren apartar de sus ojos y oídos todo lo que sea peligroso; destierren completamente del hogar doméstico toda palabra libre, todo escrito nocivo, todo objeto de escándalo; vigilen, en fin, cuanto le rodea y se le acerca: sirvientes, camaradas, parientes, hermanos y hermanas; toda esta solicitud es necesaria para salvar al niño y conservarlo puro é inocente.»

¡Desgraciados los padres á quienes pueden aplicarse estas palabras de Tácito²: «Algunas veces los mismos padres acostumbran á sus hijos, no á la probidad y á la modestia, sino á la lascivia y á la licencia»; y estas otras de Quintiliano:

¹ De la educación.

² Dial. de orat. 29.

«Nosotros mismos les enseñamos lo malo; ¡de nosotros lo aprendieron!»

En lenguaje católico se llama *vocación*, el acto sobrenatural de la Providencia por el que Dios elige á cada hombre para un género determinado de vida, y le concede las dotes y auxilios convenientes para el debido desempeño de él.

Aun cuando Dios ha prescrito una sola ley fundamental á todos los hombres y los destina al mismo supremo fin, quiere que cada uno siga un camino especial y abrace en el mundo un estado de vida fijo, que lo ha de conducir al cielo. Por lo que dice San Pablo: *Cada cual recibe de Dios su propio don: quien de una manera, quien de otra*¹.

Según esto, los padres (cuyo poder para regir la familia les viene de Dios, á quien deben dar gloria en el hogar doméstico) han de estudiar atentamente las inclinaciones de sus hijos y sondear su corazón, á fin de conocer su vocación y de auxiliarles, por su parte, en el cumplimiento de los designios de lo alto. Hay tres señales de la vocación divina para un estado particular: 1.^o la inclinación constante y deliberada hacia un estado que se juzga más á propósito para conseguir la eterna salud; 2.^o la idoneidad ó aptitud para el desempeño de los deberes inherentes á ese estado; 3.^o la carencia de impedimentos para poderlo abrazar². Conforme á estas reglas, pueden los padres formar dictamen acerca de la vocación de sus hijos.

Aun cuando el hombre puede servir á Dios en cualquier estado, es indudable que, á más del camino ordinario de santificación, que recorre la inmensa mayoría de los cristianos, Dios llama á algunos, por una senda peculiar, á un estado más excelente y perfecto, á fin de que adquieran mayor grado de virtud y se ocupen con ahínco y por completo, ya en defender los derechos de la Iglesia, ya en gobernarla, ya en dirigir á las almas al cielo, ya en consagrarse sin tregua á la práctica de los consejos evangélicos. Los sacerdotes y religiosos forman esta nobilísima falange, unida tan de cerca á Dios y encargada de aquellas excelentes obras.

¹ 1 Cor. VII, 7.

² Cf. *Marc*, Instituciones morales.

Cuando Dios ha depositado en el alma de un niño la preciosa simiente de esta vocación divina, los padres, lejos de ahogarla, deben facilitarle los medios de que germine y se desarrolle; y si, después de emplear las medidas que aconseja la prudencia cristiana, conocieren que Dios quiere á un joven exclusivamente para sí, se lo han de entregar con generosidad al Señor, que es dueño absoluto de todo, y bendecir su misericordia, por haberse dignado llamarlo á un honor, incomparablemente más alto que todas las grandezas y dignidades del mundo.

¡Cuántos padres, por desgracia, contrarían la voluntad divina con respecto á la vocación de sus hijos, ó, por lo menos, no cuidan de fomentar sus buenas inclinaciones y de auxiliarlas con prudentes consejos en asunto de tanta transcendencia! ¡Cuántos se creen árbitros del destino de sus hijos, siendo así, como dice San Pablo, que *éstos no se pertenecen á sí mismos ni á sus progenitores, sino á Jesucristo!*¹ El olvido de esta verdad es la causa de la ruina temporal y eterna de muchos jóvenes, así como de los males que sufren no pocas familias. Uno de los corifeos de la revolución francesa del siglo XVIII deseó en su infancia hacerse religioso; pero como sus padres se opusieron, olvidó pronto ese buen propósito, se entregó á los vicios, y vino á ser uno de los monstruos que afrontan al linaje humano².

¹ «Non estis vestri» (1 Cor. VI, 19). — «Vos autem Christi» (1 Cor. III, 23).

² Una revista francesa, *Le Bulletin Mensuel des œuvres de la jeunesse*, refiere en estos términos el hecho á que hemos aludido en el texto: «Una vocación frustrada. Algún tiempo antes de la gran revolución de 1789 un joven perteneciente á una buena familia burguesa, se presentó al superior de una casa de capuchinos, suplicándole examinase su vocación. Después de madura reflexión, el Padre guardián dijo al joven que lo creía llamado á la vida religiosa, y le dió una carta de obediencia para el convento vecino. Retiróse el postulante provisto de este documento; mas antes de entrar en el convento se creyó obligado á hacer una última visita á su familia. Aconteció lo que era fácil preveer: los padres y los amigos del joven se empeñaron en disuadirlo de su intento, alegándole que los tiempos eran malos y que las comunidades religiosas estaban en desgracia. Estas reflexiones produjeron el efecto que se deseaba: el aspirante al estado monástico desistió de su proyecto; se trasladó á París, estudió leyes y se hizo abogado. Más tarde fué llamado á desempeñar un gran papel en los sucesos que conmovieron

El modelo que los padres han de tener presente para cumplir bien su misión, es Dios mismo, que se ha constituido en guía y maestro de la humanidad. Él es señor de cuanto existe; es padre de todos los hombres, á quienes gobierna con suavidad y fortaleza. ¡Cuán admirables lecciones se ha dignado dar á cuantos tienen la honrosa misión de educar al hombre! Por una parte dicta leyes al entendimiento y á la voluntad, á fin de que no se extravíen, y por otra les comunica fuerzas para cumplirlas. Y como Dios es padre por excelencia, guía nuestros pasos; nos muestra los peligros, nos asiste é ilumina, nos alienta con la esperanza del premio; pero también nos castiga con mano cariñosa cuando nos alejamos de la senda del deber. La temura y la fortaleza, admirablemente combinadas, resplandecen en la conducta de la divina Providencia para con el hombre. La tranquilidad de la conciencia, el aplauso de los buenos, las dulzuras de la piedad, la calma del espíritu, la esperanza sobre todo de una eternidad dichosa, son los medios empleados por Dios para estimularnos á la práctica del bien; y, á su vez, la angustia del corazón, el tedio de la vida, la incertidumbre del porvenir, el desaliento y la amargura producidos en el alma por el vicio, son la voz de alerta que da Dios al hombre para separarlo del camino del error y de la iniquidad.

¡Cuán bien educarían los padres á sus hijos si, á imitación de Dios, emplearan con éstos cierta energía templada por la prudencia; si fueran solícitos en darles buenos ejemplos y consejos oportunos; si vigilaran sus pasos y los precavieran de los lazos del mundo; si con nobles industrias despertaran en ellos el amor á la verdad y á la virtud; si con brazo fuerte apartaran de los labios de sus hijos la copa envenenada del placer; si, finalmente, se convencieran de que la paternidad es una especie de sacerdocio y el hogar doméstico un templo, en que se ha de aspirar el ambiente del bien y se ha de fortalecer al hombre para las luchas de la vida!

el suelo de Francia. ¿Por qué no decir su nombre? ¡Se llamaba Maximiliano Robespierre! ¡Cuántos males habría ahorrado este hombre á su país si hubiese seguido su vocación!

Tengan, en fin, en cuenta los padres, que la educación tiene que ser principalmente obra de dulzura, de paciencia y de cariño, antes que de dureza, de rigor y de fuerza. Para lo que han de imitar á Dios, que *abarca fuertemente todas las cosas... y las ordena todas con suavidad*¹. La autoridad interviene, sin duda, en la educación, sobre todo moral; pero no debe aquella constreñir y anonadar al niño, sino despertar y dirigir sus facultades, de modo que se desarrollen y perfeccionen, cuidando de evitar cuanto las aleja del fin señalado por el Creador. «En una palabra, es preciso que el niño sea *libre*, bajo la acción poderosa, activa y vigilante de la educación; es preciso decidir, contener y regir su voluntad, formar su corazón y su conciencia, pero sin forzar ni alterar la naturaleza del niño.... La indignación, la impaciencia, la antipatía, son nocivas en la educación: la autoridad seca y absoluta, la disciplina militar, la fuerza material, no producirán jamás buenos resultados en esta obra importante.»²

7. Peligros de la edad juvenil. Precauciones que han de emplear los padres en esa época difícil.— Á medida que el joven avanza en la carrera de la vida, luego que el mundo le seduce con sus halagos y las pasiones agitan su alma, los padres deben desplegar mayor vigilancia y discreción para libertar á sus hijos de los peligros que los rodean. Se hallan éstos en la época más crítica, próximos á terminar su aprendizaje y á entrar de lleno en la vida social; su imaginación les presenta todo con color de rosa, el placer los aguijonea y la gloria misma los embriaga con sus triunfos. El joven se ve entonces solicitado por contrapuestos deseos: el bien y el mal, la verdad y el error libran tenaz batalla en su cabeza y en su corazón; por lo que necesita de guía diestro que le saque ileso del riesgo y le auxilie á obtener el triunfo. Ahora bien, los padres, que deben estar penetrados de la alteza de su misión y de las obligaciones de la paternidad, son ante todo los llamados á desempeñar el arduo ministerio de dirigir al hombre en las primeras campañas de la vida.

¹ Sap. VIII, 1.² Dupanloup, De la educación.

No puedo ver á esa edad—la de la juventud—tan brillante y que debiera ser siempre tan pura; á esa edad tan brillante y que debiera ser siempre tan noble; á esa edad de las grandes ideas, de los afectos generosos, de las inspiraciones heroicas; no puedo verla, sin la mayor amargura de mi alma, cautiva de las pasiones que la degradan, dice Mons. Dupanloup, cuyas hermosas reflexiones nos complacemos en transcribir. No puedo ver, sin pena, que el mundo le arrebatase esa doble corona de inocencia y de felicidad que tan bien le sienta.

¡Ah! ¡qué grande es la tarea de un padre y de una madre al llegar el momento de esas crisis supremas! Entonces, cuando su acción puede dejarse sentir admirablemente, debe ser más exquisita y profunda su solícitud, más atenta, más activa, más solemne su previsión; entonces, cuando su ternura es más viva, por más que se inquiete, debe ante todo manifestarse tranquila, digna, reservada, paciente; entonces, en fin, es cuando deben los padres redoblar el amor, los discretos miramientos y los ingeniosos cuidados que son necesarios para que se atravesase sin daño esa edad, capaz de igual ardor para el bien y para el mal, á fin de ayudarla á sacar la razón y la virtud victoriosas de los más terribles combates.

Acontece entonces que el padre otorga á su hijo esas largas é íntimas conversaciones en que el joven descubre gustoso toda su alma. Las virtudes de su padre, sus ejemplos, sus consejos, su bondad, su gravedad, su experiencia, todo esto impresiona al joven, lo ilustra y fortifica. Embriagado por una loca pasión, succumbía quizás su corazón desfallecido; no se sentía ya con fuerzas para resistir al mal que por todas partes le impelía; acaso se hallaba ya á punto de olvidarse de sí mismo, sacudiendo todo pudor. Pero al lado de su padre recobra de nuevo la razón, la conciencia, la virtud, el valor para triunfar del vicio y de sus vergonzosos placeres.... No, jamás ponderaré bastante la sublimidad de ese ministerio de ternura y discreción que un padre y una madre tienen que desempeñar. Pero, lo conozco y lo repito, son menester tal delicadeza, paciencia y tolerancia, á veces; tal manera de insinuarse, una mezcla de dulzura, de firmeza

y, en ocasiones, un tacto y finura de que únicamente los padres son capaces. Sólo el amor paternal y maternal, tan tierno por la naturaleza como fuerte por la fe, puede sugerir en este punto seguras inspiraciones. En esa hora temible, en que el mando se escapa de las manos, es preciso conservar la más alta autoridad y ejercer la acción más enérgica; en esos momentos en que el joven casi no se conoce á sí mismo, es necesario enfrenar su libertad y domar su corazón; pero ¿quién no reconoce que ese corazón requiere contemplaciones exquisitas, y que es indispensable tratar con singular tino á esa libertad que se desencadena? ¿Y quién mejor que un padre y una madre podrá prestarse á semejantes atenciones y cuidados?¹

Fenelon, que con tanta maestría ha escrito sobre educación, da los siguientes consejos á los padres de familia, á fin de que procedan con acierto en la época en que sus hijos son víctimas de una *crisis moral*, por efecto de las pasiones desbordadas: «No vayáis demasiado en su busca; dejadle que venga á encontrarlos; no le contempléis con debilidad, mas tampoco hagáis alarde de autoridad fuera de tiempo; no le incomodéis; no pretendáis darle lecciones importunas, sino decidle con sencillez y brevedad, y de la manera más dulce que os sea posible, las verdades que necesita saber; y esas verdades no se las manifestéis sino á proporción de la necesidad que de ellas experimente y de las disposiciones que ofrezca su corazón; deteneos inmediatamente que sospechéis se halla fatigado. No hay nada tan peligroso como dar más alimento del que se puede digerir. El respeto debido á esa edad y el verdadero bien que se desea alcanzarle requieren una delicadeza, unos miramientos y una suave persuasión que ruego Dios quiera concederos»

¹ Cf. *Dupanloup*, El matrimonio cristiano.

CAPÍTULO QUINTO.

LA EDUCACIÓN SECUNDARIA Y SUPERIOR.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — 2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública. — 3. La religión y la virtud son el fundamento de esta educación. — 4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros. — 5. Dotes que han de tener éstos. — La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla. — 7. La educación nacional ó cívica.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — La educación secundaria, llamada también *segunda enseñanza*, la recibe el niño fuera del hogar paterno en los colegios ó establecimientos de instrucción media. Algunos padres buscan maestros de confianza, para que en el recinto del hogar instruyan á sus hijos; pero esto acontece raras veces; porque en muchos países ha monopolizado el Estado la enseñanza secundaria, y si permite establecer colegios de instrucción libre, los sujeta á trabas muy pesadas, so pena de negar valor oficial á los exámenes dados en dichos colegios y de declararlos sin opción á grados académicos.

El objeto de la segunda enseñanza es la *cultura general* del alumno, ó sea proporcionarle nociones en los varios ramos del saber humano, como medio de despertar inclinaciones que den á conocer la profesión á que se ha de dedicar después y determinen su voluntad á ulteriores estudios.

Por tanto esta enseñanza cumplirá mejor su fin mientras abarque mayor número de asignaturas y de materias; es decir, mientras sea más extensa.

«El fin de la segunda enseñanza», dice el cardenal Gerbillon, «es formar el ánimo del alumno, ejercitar su entendimiento, ponerlo en disposición de caminar por sí mismo y hacerle ensayar sus fuerzas, comunicando al joven afición y aptitud para instruirse por sí solo durante el resto de su vida; porque el aprendizaje de la sabiduría no tiene término.» «El nombre de gimnasio dado en Alemania á los institutos de segunda enseñanza, está muy bien escogido», dice Lenormant; «porque manifiesta cuál es el principal objeto de esta clase de estudio: los alumnos adquieren allí la fuerza necesaria para las lides